

## Bolívar y la mujer

No figuran en la *Aproximación* las relaciones del Libertador con Manuelita Sáenz, cuya persistencia en mantenerse a su vera le acarreo tantos sinsabores; ni tampoco el apasionado episodio de sus amores con la bella adolescente Bernardina Ibáñez, que le coronó solemnemente después de la batalla de Boyacá.

En cambio, sí trae, contado por su hermana, el relato de su idilio con María Teresa Toro y Alaiza, que terminó con la muerte de la infortunada esposa y trajo consigo una terrible crisis a Bolívar, todavía adolescente, quien vivió alocadamente en Europa, víctima de aquellos trágicos recuerdos.

Ya enfrascado en las luchas de la independencia, sus devaneos amorosos continuaron sin cesar, y alarman a sus compañeros de armas, que miraban con preocupación las demoras ocasionadas por aquella reprensible inclinación, incompatible con sus deberes militares.

Observa el coronel inglés Gustavo Hippius que Bolívar es, en común con el resto de sus paisanos, muy afecto a las mujeres y que una, dos o tres, generalmente, lo acompañan en sus frecuentes marchas.<sup>9</sup>

«...en los Callos encontró inesperadamente a la señora Valdés y sus dos hermanas, con las cuales regularmente pasaba Bolívar la mayor parte de su tiempo... La esperaba diaria-

mente con gran ansiedad y detuvo la partida de nuestra expedición, de día en día, durante más de una semana. Bolívar se arregló magníficamente y abandonó nuestro velero para pasar a la *Constitución* (donde estaba su querida), donde permaneció todo el día y toda la noche; cuando regresó a bordo a la mañana siguiente, Brión, lo mismo que yo y los otros oficiales, estábamos altamente descontentos de haber permanecido cerca de cuatro días anclados en La Beata». (10)

De tal manera se dejaba arrastrar Bolívar por su lujuriosa inclinación a las faldas, en abierta contradicción con las exigencias de la lucha en que estaba comprometido.

## Un hijo de Bolívar

Con este título aparece en la *Aproximación al Libertador* un artículo del historiador colombiano Luis Augusto Cuervo, publicado en el Boletín de la Academia Colombiana de Historia que muestra cómo, a lo largo de sus muchos encuentros con mujeres, una boliviana muy agraciada que quiso salvarlo de un atentado, tras una noche de amor concibió un hijo suyo. Dice el artículo, en su parte de mayor interés:

«En el *Diario de Bucaramanga*, al hablar Perú de Lacroix de la esposa del Libertador y de su temprana muerte, se lee que él le declaró 'que no se crea que es estéril e infecundo porque tiene

prueba de lo contrario'. Aseveración tan rotunda merece acatamiento, y en razón de ello ponemos a continuación un botón de muestra, como se dice en tiendas y en literatura de provincias.

«En 1825 vivía en Potosí una bella joven de algo más de veinte años de edad, de nombre María Joaquina Casas, agraciada y distinguida, con un corazón de fuego no obstante la frialdad y tristeza del ambiente que la rodeaba. En esos días llegó Bolívar a la ciudad y entre la suntuosidad del recibimiento y las festividades de la ascensión al argentado cerro, pudo la joven en el momento de colocar sobre las sienes del padre de la patria una corona de oro y piedras preciosas, deslizar en su oído estas palabras: 'Cuidado, quieren asesinarlo'.

«Efectivamente, un oficial español llamado León Gandarias, pariente de María Joaquina, había dado algunos pasos en tal sentido, sin más resultado que su inmediato traslado a territorios extranjeros del Pacífico.

«Bolívar fue agradecido con la que así lo salvaba y le dió lo único que podía ofrecerle un soldado de la Libertad que recorría América al galope persistente de su caballo de guerra: su amor inconstante. A mediados de 1826 María Joaquina dio a luz un niño a quien se llamó José y que con el correr de los años vino a ser alumno aprovechado del Colegio de Pichincha».<sup>11</sup>

## No tiene dotes militares

Gustavo Hippisley, a quien ya se ha aludido, escribió un libro de interés documental en el que no oculta el escaso aprecio que le merecía la actuación de Bolívar, y puso en duda su capacidad para ponerse al frente de operaciones militares, por desconocer cómo se organizaban y dirigían. El juicio que sigue data de 1818.<sup>12</sup>

«Valor personal le ha sido dado aún para equivocarse. No obstante, él todavía no ha realizado ninguna acción digna de renombre, igual a la intrepidez real que se le atribuye; porque la razón, el juicio y hasta la discreción necesaria le son escasos.

«No tiene ni el talento ni la habilidad de un general, menos especialmente para ser un comandante en jefe. Los numerosos errores que ha cometido a través de todas sus campañas de los últimos ocho años han desolado casi las provincias y aniquilado la población. Las sorpresas repetidas que ha experimentado a manos del enemigo —ya siete— prueban mi aserto y me autorizan a declarar que cualquiera de ellas habría deshonrado a un cabo.

«Táctica, movimientos y maniobra le son desconocidos como a los más bajos de sus tropas. Toda idea de regularidad, sistema o rutina común de un ejército o siquiera de un regimiento le son desconocidos. De ahí surgen todos los desastres que afronta, las derrotas que sufre, su



El Libertador Simón Bolívar

constante retirada cuantas veces se opone al enemigo. La victoria que gana hoy, costosamente comprobada (cuya lista de muertos y desaparecidos, si él pregunta y observa los detalles, tiene evidentemente que convencerlo) la pierde al día siguiente por alguna falla o negligencia palpable de su parte».

La censura no puede ser más severa. O la explica el desconocimiento que tenía Bolívar del arte militar, por no haberlo estudiado, o su inexperiencia, o la arrogancia con que siempre impuso su punto de vista, no obstante las advertencias contrarias de sus compañeros de armas. Es verdad que Hippiisley, como militar inglés, era demasiado exigente, y no juzgaba con indulgencia las impericias de los jefes criollos que se dedicaban a hacer la guerra, y se había formado un bajo concepto de las aptitudes de Bolívar para dirigirla.

Todo esto ha de tomarse en cuenta, para juzgar el valor que deba concederse a las anteriores apreciaciones, las que, desde luego, no guardan relación con la acostumbrada excelencia con que suele mirarse la victoriosa carrera del Libertador, apartándola de todo cuanto pueda demeritarla.

### Recuerdos de José Vallarino

Llevaba el mismo nombre de su padre, español de origen, quien al llegar a Panamá con

sus cuatro hijos, resolvió dejarlos en el istmo, donde formaron la familia de este nombre.

José Vallarino Jiménez acogió más tarde la causa emancipadora, y se entrevistó con Bolívar en 1830, cuando ya en franca declinación, el Libertador se encontraba en Barranquilla, después de abandonar el poder. Al referirse a José Domingo Espinar, que se había apoderado dictatorialmente del mando en el istmo, y a Juan Eligio Alzuru, teniente coronel venezolano que le secundó en la insurrección, Bolívar condenó duramente el comportamiento de ambos.

El 10 de noviembre de 1830 llegó Vallarino a Barranquilla para visitar al Libertador, quien le recibió amistosamente, reprochando la conducta irregular de Espinar. El visitante encontró a Bolívar en muy mal estado de salud, mortificado por la tos y asediado por los mosquitos. Advirtió languidez en su fisonomía, la mirada apagada, los ojos sin brillo y el cuello un tanto hundido entre los hombros. La enfermedad se adueñaba visiblemente del cuerpo ya debilitado. A la insinuación de Vallarino en el sentido de su posible viaje a Bogotá para encargarse nuevamente del Gobierno, respondió que no pensaba en tal cosa, dado su estado de salud, y porque un gobierno sin legitimidad habría sido tachado inmediatamente de faccioso.

Mandaba una carta a Espinar, reprochándole su conducta escandalosa e indigna, y recomendándole establecer el orden, reconociendo el Gobierno central. Si no tuviera a su lado al

loco de Alzuru «...estoy seguro de que no haría la mitad de lo que hace, porque es muy cobarde; pero con ese perro de presa estará muy alentado». <sup>13</sup>

Se refirió más adelante a don Joaquín Mosquera, quien probó en muy poco tiempo que no era capaz de dirigir los destinos de una nación. Con otro carácter habría evitado el escándalo de ver al Gobierno capitulando ante una facción armada.



En este trabajo están reunidos extractos varios de los copiosos testimonios que contiene la *Aproximación al Libertador*, que constituyen una visión directa de quienes le conocieron y trataron personalmente. En algunos casos la fama de héroe coincide con la impresión recibida al conocerle; en otros la fama contrasta visiblemente con esa impresión, que desagrada y defrauda al visitante.

Las reacciones insospechadas de Bolívar, sus estallidos de cólera o la forma desdenosa de referirse a personas que no eran de su agrado; sus intransigencias o caídas de ánimo, todo ello repercutía en su daño. No es posible concebir, desde luego, al hombre perfecto, dechado de virtudes y modelo ejemplarísimo en todas sus acciones.

Bolívar, vástago de una familia adinerada y de alta clase social, acostumbrado al lujo, a

lo cual cabe añadir su carácter altanero y despótico desde muy joven, no era propenso a la disciplina ni al sometimiento a normas reguladoras de la conducta. No pudo, por tanto, cuando llegó a ser famoso, mostrarse en un plano de perfección que contentase a quienes le trataban. Su irrefrenable orgullo y afán de hacerse obedecer chocó con otros temperamentos cuyo propio valer no se avenía a tolerar tales desplantes; y de aquí las reacciones adversas que suscita entre quienes frecuentan su trato.

Sus facultades oratorias, que le procuraban el don de persuadir a sus oyentes, explican en bastantes casos el influjo que logró ejercer, el mando superlativo que se le otorgó, su predominio entre civiles y militares. Conseguir esta preponderancia no le fue fácil en un principio, y no se avenían a ella los que, sabiéndose con superiores dotes militares, renegaban de su arbitrariedad y caprichos.

Con este libro la Academia Colombiana de Historia, consciente de la necesidad de procurar una revisión de la imagen de Bolívar, ajustándola a un criterio imparcial y más ceñido a la verdad de los hechos, ha ofrecido al lector los testimonios que en distintas oportunidades dejaron consignados contemporáneos suyos, nacionales y extranjeros.

Es necesario contar, aún así, con la posibilidad de que quien juzga pueda no ser imparcial, si su mirada está empañada por algún prejuicio o no es suficientemente sagaz en la

observación apuntada. Lo que se quiere, sin embargo, es conseguir que las referencias demasiado excesivas en el elogio, oculten los rasgos

humanos que lo caracterizaron en uno u otro sentido. Un juicio equilibrado que evite los excesos es lo que pide la verdad histórica.

## NOTAS

1. Anibal Noguera Mendoza y Flavio de Castro. *Aproximación al Libertador. Testimonios de su época*. Academia Colombiana de la historia. Plaza & Janés Editores, Bogotá, 1983.
2. El discurso de Arciniegas está publicado en la revista *Correo de los Andes*. Bogotá, julio-agosto 1983; páginas 11-14.
3. *Aproximación al Libertador*, obra citada; página 28.
4. *Ibidem*; página 29.
5. *Ibidem*; página 31.
6. *Ibidem*; página 43.
7. *Ibidem*; páginas 123-124.
8. *Ibidem*; páginas 45-46.
9. *Ibidem*; página 76.
10. *Ibidem*; páginas 47-48.
11. *Ibidem*; páginas 148-149.
12. *Ibidem*; página 80.
13. *Ibidem*; páginas 260-262.



Carlos Alberto Mendoza

HECHOS Y PERSONAJES COLOMBIANOS ANALIZADOS POR UN PANAMEÑO

2

**ALGUNOS ASPECTOS  
DE UN LIBRO CAPITAL  
DE GERMAN ARCINIEGAS**

## La Independencia y la República en América

El libro de Germán Arciniegas, *Bolívar y la revolución*, publicado en septiembre de 1984,<sup>1</sup> viene a ser, según propia confesión, el capítulo final de los escritos anteriormente, pues en todos ha querido plantearse, sin llegar a conclusiones definitivas, el proceso americano, convencido de que este continente ha de ser nuestra tierra firme, aunque hasta ahora esa meta no haya sido alcanzada.

«Me rindo —dice Arciniegas— ante el liderazgo guerrero de Bolívar, de cuya voluntad de hierro nació nuestra liberación a través de las batallas más atrevidas, casi absurdas».

Sin embargo, Bolívar creyó que todo iba a perderse con su muerte, pues consideró que su presencia era esencial para que subsitiésemos. En otra parte del prólogo de este libro, Arciniegas sostiene que la originalidad de la independencia americana tiene dos caras: la de la independencia y la de la República; y el gran teatro donde esto se dramatiza es la Gran Colombia.

Dos figuras se destacan en este escenario, que permiten llegar a resultados que sobrepasan los modelos europeos: Bolívar y Santander.

«Decenas de veces lo precisó Bolívar, en un constante reconocimiento, desde 1821 hasta

1826, destacando el valor de la República organizada por Santander como fundamento para la acción de los ejércitos. Rodó con increíble suerte el Libertador teniendo como compañero de su empresa al más afirmativo entre los hombres civiles de la América española, y resulta cuando menos extraño el esfuerzo de algunos intérpretes de la vida colombiana haciendo malabares de dialéctica para romper esa unidad, la más notable y fecunda en la formación de nuestra nacionalidad».

Debe aceptarse, en honor a la verdad, que el buen entendimiento entre Bolívar y Santander tuvo una duración que el mismo Arciniegas precisa hasta 1826; porque después se produce una separación irreconciliable, que la Convención de Ocaña se encargó de escenificar, donde se enfrentaron los partidarios de Santander, constituidos en mayoría, a los del Libertador. De suerte que esa Convención, en la que se pusieron tantas esperanzas, fracasó rotundamente; y desde entonces los dos hombres marcharon en sendas opuestas. Por un lado Bolívar, llevado por sus secuaces y por el curso fatal de los acontecimientos, desembocó en el mar proceloso de la dictadura, y se produjo el atentado del 28 de septiembre, encaminado a derrocarlo. Atentado en el que se complicó, sin pruebas fehacientes, a Santander, que fue condenado a muerte. Aunque Bolívar, bajo fuertes presiones, hubo de conmutar la sentencia.

Es verdad también que Arciniegas, en



ese prólogo reconoce lo anteriormente expuesto, que reduce las proporciones de su afirmación anterior. Con lo cual se reconoce también que la mayoría de los generales que rodeaban a Bolívar pensaban menos en la República y la independencia que en continuar ejerciendo, por propia cuenta, un mando díscolo e insubordinado, sin ningún contenido ideológico. En cierta medida, ni Bolívar ni Santander prevalecen de inmediato. Más bien se entronizan la discordia y la anarquía. Con posterioridad, Santander consolida la estructura civil de la Nueva Granada.

Resulta discutible que pueda alegarse la continuidad del régimen republicano en América como contrapartida de la endeble duración de la República surgida, por ejemplo, en Francia, con la Revolución de 1789. La condenaron Miranda y Bolívar, según testifica Arciniegas, porque acabó montando la guillotina en París y trajo, como secuela, el entronizamiento de Napoleón y el establecimiento del Imperio. Ello es verdad. Pero tampoco podemos entonar himnos de alabanza, con excepción de los Estados Unidos del Norte, a las repúblicas instauradas en nuestro continente, que lo son las más de las veces en el nombre, sin estar cimentadas en una verdadera democracia; y con frecuencia hacen escarnio en ella, trocándose en dictaduras donde se burlan todos los principios de convivencia ciudadana.

## Inglaterra y la revolución

El siglo XVIII es el de las revoluciones. Pero es en Inglaterra, no en Francia, donde comienza el debate. Con la Cámara de los Comunes se instaura un régimen que limita los poderes del rey absoluto. Del rey soberano se pasará al pueblo soberano. Pero en España, siglos atrás, las comunidades de Castilla habían llegado a limitar los poderes del rey, y así se proclama siguiendo a santo Tomás: «Si por derecho toca a un pueblo elegir su propio rey, sin injusticia puede el propio pueblo destituir al rey elegido o recortar su poder si abusa tiránicamente del mismo».<sup>2</sup>

Londres, en sentir de Arciniegas, vino a ser la madre de las revoluciones, porque Inglaterra se convierte en el primer país industrial. El capitalismo es una categoría nueva, incubada en ese país, que viene a consolidar a la burguesía existente en Europa desde los tiempos renacentistas. Las desigualdades sociales se incrementaron en Londres cuando las fábricas eliminaron en parte el obrero y producen un desequilibrio tremendo que engendra la miseria. Tomás Moro describe en la *Utopía* el corazón podrido de una sociedad movida por la sed del oro.<sup>3</sup> Marx se encargará más tarde, al instalarse en la capital inglesa, de escribir largas páginas en que el tema de la miseria y la desigualdad entre pobres y ricos fomentará la lucha de clases y será levadu-

ra propicia para el crecimiento del comunismo.

«Cuando los primeros revolucionarios de toda América llegan a Londres entre el setecientos y el ochocientos, Franklin, Miranda, Bolívar, O'Higgins, se encontrarán en el escenario de la revolución industrial, la crisis de los negros, las explosiones románticas, el paso de la escolástica al utilitarismo, el nacimiento del liberalismo manchesteriano».<sup>4</sup>

### **La decidida inclinación de Bolívar hacia Inglaterra**

Como fruto de sus primeros contactos con Inglaterra, a la que visitó por primera vez en 1811 en compañía de López Méndez y de Bello, y de sus posteriores observaciones sobre el creciente poder de aquella nación, que contrastaba con su menosprecio a la obra de España en América, Bolívar llegó a pensar en la conveniencia de una ingerencia inglesa no sólo en la emancipación de las colonias sino en el futuro político que vislumbraba, una vez conseguida la independencia. Su Carta de Jamaica es un ejemplo claro de esa preferencia.

El siguiente párrafo, tomado de una carta dirigida al Secretario de Relaciones Exteriores de Santander, ilustra bien su punto de vista:

«La gran federación americana no se puede lograr si los ingleses no la protegen con su

alma y con su cuerpo. Por lo mismo, es preciso le quitemos lo que pueda embarazar esta mira. Sobre este importante negocio he hablado largamente al vicepresidente. Dígale usted que yo le he indicado esta idea, para que él le explique los pensamientos que tengo sobre ello. Hágase usted un esfuerzo por acordarse conmigo en este negocio y persuadir al vicepresidente de que nada importa tanto a nuestra existencia como el ligarse de cuerpo y alma con los ingleses».<sup>5</sup>

Bolívar veía cernirse el espectro de la anarquía sobre las colonias que procuraba independizar de España. Consideraba que no estaban preparadas para el gobierno propio; que ni congresos ni cabildos, ni leyes tendrían valor a menos que hubiese mediado una larga experiencia que les enseñase a respetar los derechos y responsabilidades inherentes al régimen democrático de gobierno. Sólo podría llegarse a tal resultado mediante un protectorado británico semejante al que constituyó la base de la independencia norteamericana.

El derrumbamiento del imperio napoleónico, nacido como secuela de la Revolución Francesa, que mostraba con la caída de Napoleón en Waterloo, abatido por los ejércitos que mandaba el general inglés Wellington, el triunfo y grandeza de la corona británica, contribuyó a robustecer su convicción de que importaba sobre manera acercarse a Inglaterra y obtener su protección para asegurar la gesta de la independencia.

Llegado a Jamaica como fugitivo y en la mayor penuria, fue un inglés, Maxwell Hyslop, la persona que le tendió la mano. Comunica a este amigo suyo, a fin de que lo haga llegar al gobernador de la isla, el plan de solicitar la ayuda británica para la guerra de emancipación, con la promesa de entregar Nicaragua y Panamá como compensación para que los ingleses dominen el comercio intercontinental.

«Ya es tiempo, señor — escribe a Hyslop—, y quizás el último período, en que la Inglaterra puede y debe tomar parte en la suerte de este inmenso hemisferio, que va a sucumbir o exterminarse, si una nación poderosa no le presta apoyo, para sostenerlo en el desprendimiento en que se halla precipitado por su propia masa, por las vicisitudes de Europa y por las leyes externas de la naturaleza...»<sup>6</sup>

¿Para qué, entonces, la independencia? Está claro que en la mente de Bolívar constituía una verdadera obsesión la idea de romper definitivamente el vínculo que ligaba a España con sus colonias de América. Sus energías todas no conocían otro móvil que el de provocar esa ruptura. Mas ¿qué hacer con las tierras emancipadas? La república, según comprobaba a cada paso, era una entidad débil e insegura, en un pueblo que no había madurado para entenderla y menos aún, para regir sus destinos. Su perplejidad le sumía en toda clase de cavilaciones, y de aquí que encontrase como mejor solución, la del protectorado inglés.

## Panamá y su destino

Bolívar, en la Carta de Jamaica miró con clarividencia el destino del istmo de Panamá como llave del universo; mas desde mucho antes esa importancia había sido destacada por sagaces exploradores, entre ellos el inglés William Paterson, que metido al principio en expediciones de filibusteros, durante sus viajes por el Caribe, y fundador más tarde del Banco de Inglaterra, propuso la formación de la Compañía del Darién, en la búsqueda de ese destino glorioso:

«Esta puerta de los mares —el Darién— y llave del universo, con poco más que una administración razonable, permitiría a quien la tenga, dictar las leyes sobre los dos océanos, y hacerse árbitro del comercio universal, sin caer en fatigas, gastos y peligros, o comprometerse en crímenes y sangre como Alejandro o César».<sup>7</sup>

Lo que no se sospechaba entonces —y vino a comprobarlo más tarde una durísima experiencia— es que la naturaleza inclemente del trópico, con la secuela del paludismo y de la fiebre amarilla, dificultaría en grado extremo todo intento de tender el ferrocarril o abrir el canal interoceánico. De modo que la halagüeña profecía, si bien inspirada en una hermosa perspectiva geográfica, habría de mostrar, cuando llegara el momento de confrontarla con la rea-

lidad, los cruentos sacrificios que implicaría llevarla a feliz término.

Bolívar, por su parte, abunda en pronósticos sobre manera optimistas, que están subordinados, sin embargo, a la percepción de que habrán de tropezar con graves dificultades, todas ellas posibles de resolver si interviene el poderío británico.

«Es una idea grandiosa pretender formar de todo el Nuevo Mundo una sola nación con un solo vínculo que ligue sus partes entre sí y con el todo. Ya que tiene un origen, una lengua, unas costumbres y una religión, debería por consiguiente, tener un sólo gobierno que confederase los diferentes estados que hayan de formarse; mas no es posible porque climas remotos, situaciones diversas, intereses opuestos, caracteres desemejantes dividen a la América.

«Luego que seamos fuertes, bajo los auspicios de una nación liberal que nos preste su protección...»

En 1826, añade Arciniegas, con la participación de Hyslop, que se había nacionalizado colombiano, se acordó el proyecto de hacer de Panamá y Nicaragua colonias británicas, y del canal, el camino que daría a Inglaterra la clave del comercio universal. El proyecto no prosperó, porque al ser sometido al Congreso, junto con otro de factura nacionalista mediante la formación de una compañía colombiana, surgieron opiniones diversas que impidieron su aprobación.<sup>8</sup>

A lo cual hay que agregar las ambiciones de los generales y las discordias fomentadas en las tropas, que provocaron levantamientos armados, entre ellos el que atentó contra la vida del mariscal Sucre, hiriéndole gravemente en el brazo derecho. El pundonoroso militar, quejándose de acción tan irresponsable, llegó a decir: «Llevo la señal de la ingratitud de los hombres en un brazo roto, cuando hasta en la guerra de Independencia pude salir sano».

Bolívar sólo confiaba por aquel entonces en dos generales que se habían distinguido como gran administrador el uno, e intrépido guerrero el otro. Se refería a Santander, a quien proclamó el hombre de las leyes; y a Sucre, a quien llamó el hombre de la guerra. No confiaba en los hombres formados bajo su mando, ambiciosos y ensoberbecidos, y dudaba de que las provincias emancipadas pudieran subsistir por sí solas, en medio de la anarquía.

«La nostalgia del orden británico lo seduce una vez más, y concibe el Congreso de Panamá como la posibilidad de un pacto entre la América liberada y el imperio británico. Sus avances al imperialismo son la reacción apasionada contra la anarquía de sus propios generales. Hay un derrumbamiento en su fe americana, de Ayacucho en adelante».

En 1829 escribe a Castillo y Rada: «No quiero ser víctima de mi consagración al más infame pueblo que ha tenido la tierra: ¡ La América !»<sup>9</sup>

El Congreso de 1826, concebido por Bolívar con la idea de colocar a la América emancipada bajo el protectorado inglés estaba llamado a fracasar, pues no tuvo aceptación en ninguna de las nuevas repúblicas ni tampoco sedujo a los ingleses. No era posible que la ambición ni la impaciencia de los generales codiciosos de mando se plegaran a un plan semejante, ni tampoco podía ponerse como remate a la cruenta lucha por la independencia, la sumisión al imperialismo británico. La mente exasperada de Bolívar se equivocaba irremediabilmente al concebir un plan de semejantes lineamientos, aunque sí quedó lanzada, para el porvenir, la posibilidad de que surgiese alguna forma de entendimiento entre las naciones del nuevo mundo.

### Puntos de vista divergentes sobre el futuro político del continente

Don Manuel Torres, nombrado como representante diplomático de la Gran Colombia en los Estados Unidos, mostró desde el principio de su gestión el empeño de conseguir para las repúblicas del nuevo mundo la definición de una política que excluyera a Europa de toda posible intervención en este hemisferio. Es lo que más tarde habría de cristalizar en la llamada Doctrina Monroe, proclamada en 1823. En las memorias del Secretario de Estado Adams está

recogida en 1820 la intervención del representante colombiano, que aspiraba no sólo al reconocimiento de la República de Colombia, sino que vislumbraba, una vez conseguida la emancipación de la América del Sur, la existencia de un continente que cerrase el paso a cualquiera tentativa de España o de Inglaterra para establecer imperios en América.<sup>10</sup>

Pero Bolívar, por el contrario, no pensaba en aquel entonces en una liga americana contra la Santa Alianza, sino en un pacto con Inglaterra, colocándola como protectora de las nacientes repúblicas emancipadas de España. Lo cual, por supuesto, no estaba en la mente de los ingleses, y no pasaba de ser sino una utopía del Libertador.<sup>11</sup>

Santander, igual que Torres, pensaba contrariamente en un sistema eminentemente americano, desligado de Europa, y compartía este mismo pensamiento Sucre, quien por su parte escribía a Bolívar:

«Creo que usted cuenta más que demasiado con los ingleses; estos serán como los demás, amigos de tomar su parte, y lo único que harán por su poder será tomar la mejor parte...»<sup>12</sup>

Tenían razón sin duda los adversarios del plan concebido por Bolívar para el Congreso que habría de celebrarse en Panamá en 1826, y los hechos vinieron a demostrar que ese plan estaba llamado a fracasar.

El proyecto comprendía, entre otras cosas, la unión de los Estados del Nuevo Mundo

bajo un derecho internacional común. Todo miembro disidente debería ser expulsado. La Liga debía tener la facultad de mediar y resolver las disputas que surgiesen entre sus miembros, o bien, las que surgiesen con una potencia extranjera. Había que abolir las discriminaciones raciales. Se rechazaba todo intento de establecer nuevos experimentos coloniales. Había que abolir el comercio de esclavos. Debía liquidarse todo vestigio del poder español en América, la que debía abrirse al comercio inglés y en la que los ingleses tendrían los mismos derechos que los ciudadanos sudamericanos.<sup>13</sup>

Los obstáculos se presentaron de inmediato. Los Estados Unidos no estaban dispuestos a prohibir el comercio de esclavos. El presidente Adams se limitó a nombrar un representante que por desgracia falleció durante el viaje. Inglaterra se mostró con la misma frialdad y envió al Congreso únicamente un observador. Las repúblicas americanas vacilaban, por su parte. No concurrieron Chile, Argentina, Brasil; y sólo se contó con los delegados peruanos, guatemaltecos, mejicanos, y a última hora con los colombianos.

Las resoluciones adoptadas no colmaron, ni con mucho, las aspiraciones del Libertador, y fue notoria la ausencia de naciones prominentes del hemisferio. No se logró el objetivo de crear la Liga Sudamericana. Aunque quedaron, como semillas para el porvenir, junto con ella, el arbitraje internacional, la abolición del comercio

de esclavos y la defensa común del continente.<sup>14</sup>

## Bolívar y Humboldt

El contacto del joven caraqueño con el sabio europeo, en los salones de París, donde Bolívar se agitaba con inusitado despliegue de indiano rico y derrochador, sirvió sin duda para sosegar un tanto la disipación de aquél, haciéndole ver que había otros caminos, más fecundos y prometedores, a los cuales podría entregar su ardor juvenil.

Las experiencias adquiridas por Humboldt durante su viaje a la América del Sur le habían convencido de que las colonias españolas necesitaban un cambio de régimen político; que la única solución, para salir del estancamiento en que se encontraban, era la independencia, y que sólo faltaba un caudillo de verdadero arrastre que se encargara de llevar adelante la temeraria empresa. El ejemplo lo habían dado ya los Estados Unidos de Norteamérica, y era factible que fuese seguido en las colonias del centro y del sur.

Bolívar quedó impresionado con aquella predicción, y ella debió influir para que más adelante, arrastrado por su maestro Simón Rodríguez, se decidiese a probar fortuna en aquella tentadora empresa.<sup>15</sup>

Encontrándose ya en tierras americanas, Bolívar escribe una carta a Humboldt en la cual

dice: «Yo, al contemplar cada uno de los vestigios que recuerdan los pasos de usted en Colombia, me siento arrebatado por las más poderosas impresiones. Reciba los cordiales testimonios de quien ha tenido el honor de respetar su nombre antes de conocerlo...»<sup>16</sup>

El viaje que el sabio alemán realizó por tierras americanas lo hizo concebir grandes esperanzas respecto a su porvenir, que contrastan con la visión pesimista de Hegel, que excluyó a la América hispana de la historia universal por su primitivismo, pues sólo en la civilización germánica advertía un desarrollo espiritual digno de encomio.

Bolívar, siguiendo el consejo de Humboldt, hizo la independencia, y de qué manera. En frase feliz de Arciniegas: «La guerra de Bolívar es desmesurada, a contrapelo. Casi siempre fue a los combates con menos tropas que el enemigo. Uno de los puntos que hacen de él héroe sublime—así se decía en el lenguaje de la época—está en cómo aprovechaba, se apoyaba, en el residuo miserable que dejaban en su favor las derrotas. Transfiguraba lo negativo en positivo, y lo convertía en instrumento batallador, irreductible. Caía en un abismo, y resurgía agigantado...»<sup>17</sup>

## NOTAS

1. Germán Arciniegas, *Bolívar y la revolución*. Planeta Colombiana Editorial S.A. Bogotá, 1984.
2. *Ibidem*; página 16.
3. *Ibidem*; página 28.
4. *Ibidem*; página 29.
5. Trae la cita Arciniegas; página 33.
6. Arciniegas, obra citada; página 34.
7. *Ibidem*; página 39.
8. *Ibidem*; página 41.
9. *Ibidem*; página 45.
10. *Ibidem*; páginas 127-128.
11. *Ibidem*; página 129.
12. *Ibidem*; página 130.
13. Ver Gerhard Massur, *Simón Bolívar*, tomo II. Editorial Grijalbo, México, 1960. Reproducida por el Instituto Colombiano de Cultura, Bogotá, 1980.
14. *Ibidem*; páginas 577-578.
15. Arciniegas, obra citada; páginas 185-186.
16. *Ibidem*; páginas 189-190.
17. *Ibidem*; página 338.



